



“Pedid, buscad, llamad. Se os dará, hallaréis, se os abrirá”

Primera lectura

Lectura de la profecía de Malaquías 3, 13 – 4,2ª

«Vuestros discursos son arrogantes contra mí –oráculo del Señor–. Vosotros objetáis: “¿Cómo es que hablamos arrogantemente?” Porque decís: “No vale la pena servir al Señor; ¿qué sacamos con guardar sus mandamientos?; ¿para qué andamos enlutados en presencia del Señor de los ejércitos? Al contrario: nos parecen dichosos los malvados; a los impíos les va bien; tientan a Dios, y quedan impunes.” Entonces los hombres religiosos hablaron entre sí: “El Señor atendió y los escuchó.” Ante él se escribía un libro de memorias a favor de los hombres religiosos que honran su nombre. Me pertenecen –dice el Señor de los ejércitos– como bien propio, el día que yo preparo. Me compadeceré de ellos, como un padre se compadece del hijo que lo sirve. Entonces veréis la diferencia entre justos e impíos, entre los que sirven a Dios y los que no lo sirven. Porque mirad que llega el día, ardiente como un horno: malvados y perversos serán la paja, y los quemaré el día que ha de venir –dice el Señor de los ejércitos–, y no quedará de ellos ni rama ni raíz. Pero a los que honran mi nombre los iluminará un sol de justicia que lleva la salud en las alas.»

Salmo

Sal 1 R/. Dichoso el hombre que confía en el Señor

Dichoso aquel que no se guía por mundanos criterios,
que no anda en malos pasos
ni se burla del bueno,
que ama la ley de Dios
y se goza en cumplir sus mandamientos. R/.

Es como un árbol plantado junto al río,
que da fruto a su tiempo
y nunca se marchita.
En todo tendrá éxito. R/.

En cambio los malvados serán
como la paja barrida por el viento.
Porque el Señor protege el camino del justo
y al malo sus caminos acaban por perderlo. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Lucas 11,5-13

En aquel tiempo, dijo Jesús a los discípulos: «Si alguno de vosotros tiene un amigo, y viene durante la medianoche para decirle: “Amigo, préstame tres panes, pues uno de mis amigos ha venido de viaje y no tengo nada que ofrecerle.” Y, desde dentro, el otro le responde: “No me molestes; la puerta está cerrada; mis niños y yo estamos acostados; no puedo levantarme para dártelos.” Si el otro insiste llamando, yo os digo que, si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, al menos por la importunidad se levantará y le dará cuanto necesite. Pues así os digo a vosotros: Pedid y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca halla, y al que llama se le abre. ¿Qué padre entre vosotros, cuando el hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará una serpiente? ¿O si le pide un huevo, le dará un escorpión? Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?»

Reflexión del Evangelio de hoy

“No vale la pena servir al Señor. ¿Qué ganamos con guardar sus mandamientos?” Esto que recoge Malaquías como quejas de los israelitas contra el Señor no es exclusivo de su tiempo, sino una tentación intemporal. Con fe, no sólo se gana mucho, se gana todo; sin ella y mirando sólo de tejas abajo, no siempre “sirviendo al Señor y guardando sus mandamientos” somos más ricos, más sanos ni tenemos opción a más “placeres”.

El Evangelio nos habla hoy de la oración, bien entendido que orar es tratar con Dios en amistad, en filiación. Entre los muchos matices de la oración, hoy encontramos la oración de petición, su necesidad, su eficacia y el modelo a seguir.

Dime, ¿quién y cómo pide, y te diré en qué Dios, y cómo, te da.

Dime que y como pides y te dire en que Dios – o dios - crees

Hay quien confunde a Dios con un oficinista ante quien conviene ir con los papeles correctamente rellenos y el DNI en la mano por si no nos conoce. Peor aún es confundirle con un policía ante quien es mejor no tener necesidad de encontrarnos. De ahí que el concepto que tengamos de Dios –o dios- redefinirá nuestra postura ante él y nuestra oración.

Nosotros tenemos a Dios como Padre y nos sentimos hijos. Así, oramos porque nos fiamos de Dios, porque confiamos en él, con toda la profundidad que la confianza encierra. Así nos lo enseñó Jesús: “Cuando oréis, decid: Padre...” (Lc 11,2)

Pedir, buscad, llamad

Orar sí, ¿pero pedir? “Vuestro Padre conoce las cosas de que tenéis necesidad antes que se las pidáis” (Mt 6,8). El hombre y el mundo no están hechos, según la Biblia, defectuosamente, para que acudamos a su Hacedor pidiendo reparaciones. Más todavía, no podemos pedir aquello que él ya nos ha dado potencialmente, lo que nos corresponde hacer a nosotros.

Cierto, pero más cierta –por constatable- es nuestra indigencia, y las palabras inequívocas de Jesús hoy en el Evangelio: “Pedid, buscad, llamad”. Pidamos, pues, pero como piden los hijos, como piden los niños. Busquemos, hagámoslo sin descanso, pero con un corazón limpio. Llamemos, a la hora que sea del día o de la noche, como hacen los que se sienten de la familia.

Oración y confianza. Confianza y oración

Ya lo hemos indicado. La oración se fundamenta en la confianza. De tal forma, que aquélla se genera sin necesidad de pedir muchas cosas, pero nunca sin confianza en el Dios a quien nos dirigimos. Confianza que no crece o decrece por el hecho de no conseguir siempre lo que se pide, sino que se mantiene sabiendo que Dios siempre nos concede ser mejores, más humanos, más cristianos y mejores discípulos. “Pues, si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo piden”. El Espíritu Santo, compatible con la carencia de “bienes” que, como humanos, quisiéramos obtener. Llegará el día en que rezaremos más que nunca y no pediremos nada. Nos abriremos, únicamente, para mostrarle, como si no lo supiera, lo que somos y, sobre todo, lo que no somos todavía, y, fiándonos totalmente de él, esperaremos que haga lo que un Padre siempre hace.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
La Virgen del Camino